Paco
URONDO

POEMAS PÓSTUMOS

Quiromancia

hoy hace menos frío
que el año que viene, si viene. Vendrá
seguramente para que nadie
crea en las groserías de las profecías, o de los meros
sueños premonitorios. Esas tonterías
solferinas, esas fantasías sin importancia, tardes
en las que el corazón humano
se pone al rojo morado, se
diría. Se dirá, cuando haya
algo que decir: hoy
hace menos frío que el año que vendrá.

Milonga del marginado paranoico

Parece mentira
que haya llegado a tener
la culpa de todo lo que ocurre
en el mundo, pero es así. Han tratado
de disuadirme psicólogos y sociólogos de mi tiempo,
me han dado razones de peso técnico largamente formuladas y
parcialmente ciertas. Pero
yo sé que soy culpable de los dolores
que aquí siento y recorren el mundo, de las soledades
que lo van vaciando: quisiera saltar
como Juan L. Ortiz, vociferar
como Oliverio Girondo, pero: primero, ellos me ganaron
de mano; segundo, no me sale bien y aquí
empieza todo nuevamente: otro sufrimiento
igual a diapasones y recursos
que conozco perfectamente y que no vale la pena
repetir: primero, para no emularlos; segundo, porque tendré
que ir
reconociendo que no he sabido
hacerme entender. Y esto es agudo como un ataque
que nos traga la lengua; pido entonces disculpas
por la mala impresión, por las exageraciones.

El Árbol de la Vida

Una cisterna me ha descubierto
la cara del futuro. No hay bemoles
ni demonios más allá del agotamiento; ni figuras
consulares, ni ternura que vuele siquiera
como una transpiración sobre el horizonte
luminoso.

Miro el pantano, la cisterna
que me rodea. La mirada
que no vislumbro, la acacia que no huelo: ay hijos
míos cómo pensaba no quejarme, cómo
odiaba todo lamento; pero queja
y batalla suenan en la misma campana,

especialmente cuando miramo
el tiempo de derecha a izquierda, de adentro
hacia atrás y vuelan
los aires ambiguos, las luces
cruzadas del pecado de Alejandría.

Tinieblas para mirar

Veo tus intenciones y tus actos
triunfales por crecer; adivino el parpadeo, veo
y quisiera descansar
un poco, se entiende. Veo los tiempos
ocultos, las intenciones
del mal y viceversa. Veo palabras que no fueron
articuladas, escenarios, disfraces vulgares,
caracterizaciones.

Veo
jactancias, humildaes
apócrifas y bastante
sufrimiento disimulado. Veo la luz
compartida de las inconsciencias, veo,
veo, una ramita, de qué color: no puedo decirlo. El
tamaño, la disposición, las significaciones, las alegrías
se disuelven, se resbalan en los aceites que hierven
y respiramos sin tocar para no ir quemando estos
ardidos
corazones, este impromptus venéreo como
las mejillas, como las ramas de qué colores
insignificantes, de qué adioses
aterrados, más que de frío, por los calores iniciales
del miedo.

Adioses

A cierta edad, los allegados se alejan, empiezan
a morir. Murió Oliverio y todo el continente
también murió entre los cóndores diez mees
después para poder
erguir sus cerbatanas, murieron lugartenientes,
gladiadores anónimos.
Se ha muerto últimamemente
de mala manera y así se seguirá muriendo, como
estaba previsto: Emilio (al que le toque) de
espaldas en el suelo,
tratando de sacar, o no sacar el arma; murió el petiso
aquel, corrector de diario, también entre las grandes
aves de rapiña. Murió mi eternidad,
pero nadie se ha dispuesto a velarla; a lo mejor
muere Beatriz con quien jugamos siempre
como si fuéramos criaturas predestinadas,
secretamente,
para no romper el sortilegio y perder blasones y ganar
realidades. Murió el bravo capoerista frente a la obra
en construcción, entre un agitar de sotanas
enfiladas sobre rumbos inciertos. En fin, murieron
algunas personas de mi amistad, otras que conozco de
vista seguramente han muerto. Celia murió, pero
hace muchos años, aunque a veces sueño con ella
desnuda
y viva como los arcángeles con toda su música.
Murió Moisés
Lebensohn y no podía ocurrir otra cosa
con ciertas ideas: hubo muchos infartos.
y cirrosis -oh gran rey- en la boca
de mis pulmones que recuerdan
a presión, que olvidan

a sabiendas. Mis hijos viven, pero ya ni se acuerdan
de quién era la tía Teodolinda
que también murió. Compañeros del colegio han
muerto, apóstoles
y simples camaraas de armas y deportes.
Hasta enemigos y también hombres, a quiénes
me ligaban simpatías enfermas
-me refiero a algunos comerciantes fallecidos-, pero
justas, inevitables
como la muerte. Puedo estar contento
de estar vivo: abro los ojos, salto
de la cama, me visto, salgo a esperar otros años,
como ahora
que cierro la puerta, miro hacia atrás la primera mitad
del camino y busco los lugares para emboscarme
a cara descubierta, a golpes. Alegrías pesarosas,
funerales.

Del excusado al lavatorio salta
mi corazón como si fuera
un jabón. Puede tener el mundo
en mis manos, dijo Beethoven y también
lo podría decir yo, si no fuera
por este jabón que resbala
de las manos y nadie
lo quiere por eso, a pesar
de que haya lavado más de una cara,
arrastrado alguna mugre, hojas
en el otoño; subestiman
su espuma dejándolo gastar
de aquí para allá, del excusado
al lavatorio, diluido
en el agua caliente que ahogará
las risas de los arrepentidos

No puedo quejarme

Estoy con pocos amigos y los que hay
suelen estar lejos y me ha quedado
un regusto que tengo al alcance de la mano
como un arma de fuego. La usaré para nobles
empresas: derrotar al enemigo -salud y suerte-,
hablar humildemente
de estas posibilidades amenazantes.

Espero que el rencor no intercepte
el perdón, el aire
lejano de los afectos que preciso: que el rigor
no se convierta en el vidrio de los muertos; tengo
curiosidad por saber qué cosas dirán de mí, después
de mi muerte; cuáles serán tus versiones del amor,
de estas
afinidades tan desencontradas,
porque mis amigos suelen ser como las señales
de mi vida, una suerte trágica, dándome
todo lo que no está. Prematuramente, con un pie
en cada labio de esta grieta que sea bre
a los pies de mi gloria: saludo a todos, me tapo
la nariz y me dejo tragar por el abismo.

Saludo a John Wayne

Gordo y pesado, viene saltando entre pistoletazos
el último
cowboy, como si fuera el vientre de pólvora del último
tranvía. Caramba, señores vaqueros, jineteando y
mascando coca,
al parecer ha corriedo mucha agua estrepitosa bajo
el winchester, ha pasado
el tiempo, Hopalong Cassidy: hacías de muchacho,
pero
no de Bueno, porque eras Ladrón y nos ponías
un poco nerviosillos cuando caías para morir como
cualquier
Malo que se precie; y operábamos
torpemente -al revés- la manijita del proyector y
volvías
a levantarte de atrás para adelante: aleluya
Hopalong Cassidy, milagrosamente
incorporado para desafiar el tiempo que, parece
mentira, cómo ha pasado de rápido, deteriorando
tus itacas, convirtiendo a sus valientes en dipsómanos
barrigones, padres
incestuosos de jovencitas intrépidas, sin mujeres
cuaqueras siquiera, con
un pasado de relativo interés, más bien embretados
-oh viejos
buscadores de catangas de oro calibre
44 como otrora- en argumentos chistosos, que ya
no pueden
brindar mayores caballos de plata, esperanza
al fuego, o satisfacciones enmascaradas solitarias.
Sioux y heroínas
que ya no sirven porque los tiempos han

cambiado, "Mamita mía", y las cabelleras
ensangrentadas
y los actos
se han puesto mañeros como charros y desiertos de
tuna
que bostezan abriendo paso, todavía, al tren
correo, diligencias inútiles, achacosas
manos rápidas en las cartucheras de cuero crudo,
como las costuras de Dios, que es el aderezo,
amigou, de estas vidas y también
de aquelas desgastadas por
el golpe corto y el latio perdurable, amén.

Montando en cólera

El martes amaba con alguien
que el miércoles me hizo
notar que no andaba para eso.
Cuestión de carácter, me dijo, y me
atraganto, me ahogo,
salgo de la respiración, de contracanto.
De un tiempo para otro
los idiomas se cierran, la ambición
vigila, y hace algunas morisquetas.
Rabia por el desencontrado
calor que muere entre el marte 19
y el miércoles 20 a la misma hora.

Mandinga

Angelita tiene las caderas
altas como un tropel; bailan
a su alrededor, admirados sus huesos, carne
de tambor de guaguancó legítimo, licor que arde
destilado por la fractura oculta
de la Virgen. Ay Angelita, cuero negro,
sediento: Por qué estás tan lejos
de mi vaso de agua, de mis suspiros
que escapan como el ruido confuso
del combate lejano, trópicos
que el ayer corrompe, amiga
mía: he venido para pedir su bendición tatita.

Vampiresa

Oh Isabel de Baviera, por qué escondes tanto,
ninfómana
de cabecera de alguien: siempre desconcertando
agitando hechos previsibles, pero inesperados:
dabas
a entender otra cosa.

Siempre siendo otra, escurriendo realidades
inoportunas
de tan ocultas; otra con una volunta de monarca.
Qué lástima
que hayas andado hiriendo de semejante manera,
Isabel
de Baviera; escapando a la gente y a sus nobles
objetos; un
exorcismo innecesario, impúdico, parpadeando
en estos y otros ojos que también me pertenecen.

Sorteando obstáculos, has sido
otra para ver otros
en los otros: cuánto cansancio del cansancio,
aunque
haya habido éxitos, producido milagros, porque a veces
los otros verdaderamente fueron otros y después
se han
pasado la vida echando esos extraños de su casa.

No sabría encontrar ahora tus facciones, cómo
describirlas: todas escapan de su lugar y ocupan
otros lugares, como los malos espíritus, otras personas
buscándose un rincón en el tiempo, un cuerpo, una
historia personal que corre a esconderse en las cuevas

de Transilvania, Isabel de Baviera: Ah, si te hubieras conformado
con vivir en tus tierras, sin ganas mundos, sin dañar a la gente.

El nieto de Dios

Mi abuelo tenía un corazón bueno y algunos
gallos, competentes. Usaba su buen par de
guardaespaldas
y un smoking, dos cadillacs, una sala
de uego -monte o bacarat- un casino en la margen
izquierda, sobre la ladera oriental y cansina
del macizo andino, al pie mismo de las nieves.
También,
un teatro de varieté donde las señoras bataclanas
muestran
la liga, muestran el corset. Y mi abuelo banca
y se protege merced a su "personal", diestro
y siniestro.

La edad de mi abuelo andaría
por los ciento veinte años, un trozo considerable
de historia llena de sabor y dolor. Más
de un siglo de vida, si viviera rodeado de sus gallos
diestros, de su Lola Mora, la Bella
Otero de allende los Pirineos, tapado por el frio
blanco de las drogas, de los armiños
abdicados, de redentores, de parroquianos; pilotos
y zeppelines y volantas y vapores y peripecias
y ladinos de rara conversación y áspero
desdén por las garantías abiertas como alitas
de mariposas empotradas a galerazos.

Así, rodeado de cupletistas malsanas,
pero venturosas, vivió
y murió como la espuma deshecha
en el propio casino, sobre un manto de naipes, entre
picotazos diestos y sospechosos, o torvos

simplemente.

Vivió
y murió como la espuma deshecha
y la nieve; como la cresta de los gallos, los bailes
de las olas de mi buen abuelo: santificado
sea su nombre, vénganos en su reino, monarca
de los cielos bajos, de las nubes rastreras y
luminosas.

Pepe Menese canta y las ostras
vuelan por su boca. El sabor
del mar llega hasta Chiclana de la Frontera
y allí va a enredarse en los tobillos sagrados de Antonio
Fraina.

El taconeo retumba, agrieta
el mundo como una queja carcelaria. Sacude
la memoria, agita
las llamas de los sufrimientos.

El mundo que grita de dolor
desde su celda, en el fondo
de las gargantas dispuestas.
Su olor es el sabor
del mar, el salto de la voz en guerra.

Cómo era tu piel interior, el mundo
terso, tu vida mía que volaba
con los reflejos, que velaba
sus arcabuces.

Hay que oir el grito oscuro
y el sol nonato como tus amagos; hay

que ver los signos
de la antigua llama.

Estoy por abrir las puertas, por cerrar
los ojos y no mirar
más allá de mis narices, no oler,
no tocar el nombre de Dios en vano.

Cuerpo del delito

Los balcones de Aranjuez, la sedas
que caen sobre el río verde; me desperezo
como una columna y penetro tus enaguas, abanico
tu tristeza palaciega, tu cuerda
de laúd hechizado por los temblores de tu cuerpo, me
voy de madre
a padre y a lecho nuevamente, sintiendo cómo
los hombros suben hasta mi pecho y
te transfiguro en una gran espalda que voy
lamiendo de rodillas. No hablemos
de aquellos vahos, podemos
enjuagar el paladar de uno en el paladar
del otro, con las aguas verdes
que desbordan sobre tus ojos encendidos
ahora de tanto volar, de tantos
caminos; un poco de calor. Una mano
quedó en alto saludando tus pañuelos, tu aliento
ebrio de Aranjuez, de este olor que te soplo
desde tan lejos, con tanta
fuerza para que lo recibas en tu puerto
y le permitas cargar la carne
salada, el agua potable, los vientos de la partida, los
cabos para ceñir los desengaños, para
trincar la suerte sobre el cuerpo del muelle.

Toda la serenidad para ver la cara
abrevada, de virgen-hombre, harta
de astucias, de mi amigo Julio Lareu.

Su cara flanqueada por dos hijitas,
humildes y el colmo
de la bondad de mi amigo Julio Lareu.

Hombro de catadura, queriendo
a sus criaturas, corazón alzado
en los rastros de mi amigo Julio Lareu.

Vengo a desear nada más
que tu buenaventura
amigo, carpintero.

Norita le da una mano a Juan

Los crueles italianos, entre
ellos el Dante Angioleri, supieron
los primeros, el Aretino luego, que toda
gentileza de espíritu, generosidad
de vida, supone
un sentimiento, que la mente
-proyección y rechazo- es un barco chiquito
que navega el grueso espíritu. Y que
estas aguas, son aire de sentimiento, que
todo este sentido
este amor y cada
uno de ellos -precisos sentimientos- no excluyen
a ninguno y tampoco
deja de involucrarlos: enamor de todos los tiempos
que tan bien conocían toscanos y vecinos.

Oh sol de Italia, patria
concertada, muerte in fiamma.

Liliana Raquel Gelin

Como un viejo guerrero, tirando
un manojo de luz a la cara
de los sombríos, ha muerto
una chica de viente años; pudo
ser mi hija. Avilantez
sobrevolaban su vuelo, amarraron
su aire; no es la muchacha
colgada del frágil designio.

Aquí habrá batalla como en los campos
de Córdoba, rayo de dolor, escalofrío
donde murió valientemente una chica
de veinte años: hijita mía,
palomita tremenda, duérmase
mi niña, duérmase mi son que ya nadie
la va a molestar. El Cuco será derrotado
y sus hermanitos y padres cuidarán
de su jardín, regirán los reflejos de su pasado.

Que haya paz en su memoria
por la que vive. Que haya etenra
gratitud por su generosidad eterna.

Mensaje cifrado

Sólo te pido que dejemos este parque, que abandonemos
sus municiones, sus reproches para irnos por ahí, como cascaritas
divertidas de pálidas carnavales; hielo y materia de olvido.
Porque
entre tirones y sufrimientos, la cosa se ha puesto tan fácil, tan fácil, que nadie
puede resolver sus entusiasmos, ordenar sus festejos.

Benefacción

Piedad para los equivocados, para
los que apuraron el paso y los torpes
de lentitud. Para los que hablaron bajo tortura
o presión de cualquier tipo, para los que supieron
callar a tiempo o no pudieron mover
un dedo; perdón por los desaires con que me trata
la suerte; por titubeos y balbuceos. Perdón
por el campo que crece en tos espacios de la época
trabajosa, soberbia. Perdón
por dejarse acunar entre huesos
y tierras, sabihondos y suicidas, ardores
y ocasos, imaginaciones perdidas y penumbras.

Muchas gracias

Sirve y me inclino
ante tu palabra, luz de mi pensamiento. Abrirán
las puertas, dejarán entender: los artistas, los
intelectuales, siempre
han sacudido el polvo de la realidad; descubrieron
caminos, emancipaciones
que no siempre lograron recorrer: era
prematuro en algunos casos, en otros fue distinto
-convengamos-, otras palabras son, bajar, la corredera
de la mira, buscar con el guión
y dar justamente sobre algo que puede
moverse: un bulto,
un meneo a menos de cien metros
de tu corazón vulnerable, también enemigo.

La suerte ha dejado aquí de andar
fallando: se encendió la luz y pudo verse el caos, las
flagrancias, esa mano
allí, esta codicia; el miedo y otras mezquindades se
pusieron
en evidencia y el amor
no aparecía por ninguna parte. Recompuestos
de la sorpresa, rendidos ante los hechos, nadie
pudo negar que en este país, en este
continente, nos estamos todos muriendo de
vergüenza.

Aquí estoy perdiendo amigos, buscando

viejos compañeros de armas, ganándome tardíamente
la vida, queriendo respirar
trozos de esperanzas, bocanadas de aliento; salir
volando para no hacer agua, para
ver toda la tierra y caer en sus brazos.

Felipe Vallese

Para Alejo

Escuché que unos chicos preguntaron: "quién
parará la lluvia",
otras personas estaban escuchando la misma pregunta
y, a su vez, comenzaron
a formularla: el dependiente, el despachante de bebidas
de importación; hasta pulperos y uruguayitas y otros
hermanos continentales abandonaban la vieja y
estúpida
rivalidad, despejando las nubes del misterio
y confusión sobre la tierra, para preguntar
precisamente: "who'll
stop the rain". Guardianes del orden se aventuraron
en la desesperación para preguntar también: "quién
parará
la lluvia" y la pregunta rodó de mano en mano,
hasta llegar a los oídos
acolchonados de torturadores, especialistas de toda
calaña que nunca
pudieron zambullirse en la gloria del sol: "Quién
parará
la lluvia", decían
unos y otros y los tontos y los pillos trataban de
conjurar
el clamor, los nuevos aires que se desataban con
las lluvias, el amor
que arranca con las tormentas: "quién parará la
lluvia", decían los enfermos,
los desamparados, los derrotados y los
satisfechos que dejaron de serlo
inmediatamente después de preguntar: "quién
parará la lluvia".

De inmediato
los éxitos se derrumbaron como pestes triunfales,
el New Deal se enredó
en sus cadenas doradas. el doctor Frondizi no se dio
cuenta.
Los muertos
se plegaron al desafío: asesinados llegaron
a levantar la cabeza laceraa y miraron de frente,
requiriendo: "quién parará la lluvia". Y la pregunta
se generalizó
como los temporales, empujó
los cielos y abrió las luces del espacio.

Solicitada

Siempre los poetas fueron, en efecto, hombres de transición, Roberto
Fernández Retamar; porque, realmente, si un poeta, amigo
mío, no ve las transiciones que saltan a su alrededor como brotes de lava humeante, mejor
que deje de serlo, ceda ese guiso perfumado a otros olfatos más perceptivos. Fue Baudeleire poeta de
transición y Talero; lo fueron Ab-zul Agrib y Rosario
que cerraba los portales de las casas
de tolerancia; burdeles con quesos y vinos y jamones del diablo y
jarana agitando polleras y otros pabellones. Fueron poetas de transición, los llantos y los crímenes en lugares
atroces y momentos inconvenientes; Dios mío, cuánta poesía de transición fue grabada a cuchilla en la corteza
de las virginidades perdidas; cuánto baptisterio ha lamido
la sal de la transición, hasta la condesa
de Noailles debió escribir
poesía de transición. Y se me olvidan personas,
soplos que se esconden con los parches
transitorios, con los tránsitos de la gente desprevenida
que va despacito en busca de aguas y cielos
transitivos. Esos bostezos, esa gente,
son poemas de transición, mi querido Roberto, esas furias
en efecto, estas maneras violentas de caminar hacia el vacío: este
tiempo siempre estuvo plagado; y si no hay
transiciones, habrá que señalar el fin de estos mundos

hostiles y movedizos, dar
los trompetazos y salir corriendo del campo de juego, entre
pedradas -seguramente- y pedorretas: será ese, a pesar
de todos los años de espera y anuncios, un dato bastante impopular;
una mala noticia, un poco tremendista como el
mismo Apocalipsis.

En la superficie que salta
sobre la nieve, en la arruga
andina. Estrellando contra la firmeza
del cielo bajo, diluido
como un dios sin nombre, un aire
indirecto, un soplo vacío: emblemas
para ser escuchados y explicados; respondiendo
a preguntar y alegrías.

Averiguar en qué rincones anduvo
para dejar perecer todo este tiempo
sin que nadie soplara la ceniza del agua,
el arco de los ríos que no responden,
no articulan los hechos del tiempo efectuado.

En años y muertes, cascotes testigos
de la iniquida, sangre disparada, quemarropas
a traición -pienso en José, por ejemplo, en su
bondad luminosa, en el derecho de su esperanza-, vengo
a caer sobre el lomo
de estas últimas
palabras reunidas para ser resueltas.

Una sola ráfaga del tiempo pasado,

pronunciada sílaba por sílaba, acto por acto. En
el revuelo, debajo de los primeros terrones,
vengo a ofrecer la inutilidad
de mi derrota, abrir el desquite
sobre la muerte (esa pre-dicción, gritar)
una victoria abierta como el pasado que vendrá
como mi vida que no me pertenece
en tanto que es ajena -otros se han apropiado, a otros
se las debo- y común al grueso del destino.

Esa memoria, concertadora de las personas, esa
signadora del porvenir que espera con los brazos
abiertos; esta vida que salta sobre mis espaldas
para seguir su juego y su rango. Deja
atrás la fatalidad enterrada también, como los
virreyes,
como el egoísmo insepulto, conjurado
en la soledad, porque la vida -lo he visto-, depende
de un hilo conductor y generoso, cierra
los circuitos cortos, ovala los huevos inútiles.

En las criaturas del sol que salta, la maravilla
se esconde la uñas, acaricio
a los animales preferidos del universo intacto, el
esplendor de la piel del metal
que suelta los truenos de la imaginación, los
alimentos
devorados para la buena ventura.

Y la historia de la alegría no será
privativa, sino de toda la pendencia
de la tierra y su aire, su espalda y su perfil, su tos y
su risa. Ya
no soy

de aquí; apenas me siento una memoria
de paso. Mi confianza se apoya en el profundo
desprecio
por este mundo desgraciado. Le daré
la vida para que nada siga como está.

Paco Urondo. Poemas Póstumos. Argentina. 1970-1972.

Poemas en los que la experiencia no es un recurso literario si no el poema en sí mismo. En los que las cosas no suceden simplemente, necesitan de alguien que las haga pendular.

TERCER MUNDO

folletinesdelaterceraposicion.blogspot.com

El autor destos textos es la sociedad en la que fueron concebidos. Su comprensión se torna imposible sin un conocimiento cabal de las circustancias políticas, culturales y económicas que los rodea(ba)n en el momento de su publicación.